

AMSTER

AUGUSTO IGLESIAS

El feminismo intelectual en
Chile durante la primera
mitad del siglo XX y unas
veladas inolvidables

Ediciones Revista ATENEA

AUGUSTO IGLESIAS

EL FEMINISMO INTELLECTUAL EN CHILE DURANTE LA PRIME- RA MITAD DEL SIGLO XX Y UNAS VELADAS INOLVIDABLES

I. A COMIENZOS de esta Centuria, la vida intelectual chilena, en cuanto al aporte femenino se relaciona, muéstrase débil. Han nacido ya varias mujeres de las que, en futuro próximo, tomarán parte decisiva en la renovación de sus miras culturales. Cuando se presenten serán por lo menos veinteañeras, y aunque sin estímulos en el medio ambiente, trabajarán por hallar, como quien dice, en el "plasma" de la vida ciudadana, caminos para su impulsividad novedosa...

No obstante lo antedicho, en los medios obreros anúnciase un movimiento extenso, de cierta hondura, y, por otra parte, visiblemente relacionado con los primeros oleajes de la agitación masiva que, años más tarde, con anuncios de tormenta, sacudirá al país.

Hasta 1887 no hubo en Chile, una sola mujer con derecho para vanagloriarse de haber alcanzado un cartón universitario. La Casa de Bello, sin estar cerrada para el sexo femenino, no atraía a las jóvenes, por lo menos para intentar suerte en las llamadas "profesiones liberales". Con lo expuesto no quiero decir que el avance de Chile caminara lento; al contrario, fue rapidísimo, si nos ponemos a hacer comparaciones... "¡Cómo!... —exclamarán algunos—, ¿cabe la posibilidad de sostener semejante proposición en presencia de factores tan negativos?"

Voy a explicarme haciendo ahincarse la atención del lector en la morfología del problema.

Las mentalidades de mayor influencia en el Parlamento chileno durante la segunda mitad del Décimonono, eran de formación inglesa. Lo fueron, desde luego, dos figuras máximas en polos opuestos de la política de entonces: don Carlos Walker Martínez (conservador) y don Enrique Mac-Iver (radical), ambos, inclusive, con ancestros británicos. En igual situación hallábase la familia Edwards, propietarios de "El Mercurio", de Valparaíso, importante diario de la Repú-

blica, y, además, el de mayor antigüedad entre los de habla castellana. Los colegios de pisto de la nueva burguesía creciente en aquel puerto —bisagra del comercio entre Europa y el Pacífico americano— eran dirigidos por ingleses. Así, el "Union Church", del Dr. David Trambull y el "Colegio Mac-Kay"; y en esta capital, el "Santiago College", en 1880. En cuanto a la industria, parte considerable de la pampa salitrera del desierto de Tarapacá y Antofagasta, hallábase en manos de capitalistas con sede en Londres...

Ahora bien, estos factores, traídos a cuenta muy esquemáticamente, gravitaban, poderosos, en órdenes distintos de la actividad nacional; y, desde luego, en el campo ideológico. En aquellos años, pues, la mayor parte de los hombres de estudio de Chile vivían con sus ojos puestos en todo cuánto sucedía en Inglaterra.

Y en la City —vale decir en todas las Islas Británicas—, hasta el último cuarto del siglo XIX las mujeres no recibían título profesional universitario.

La Universidad de Londres y el "University College" de aquella ciudad, cuyas cartas expidieron el mismo día para las dos instituciones (esto es, el 28 de noviembre de 1836), sólo en 1869 determinaron dar curso a muy similares proyectos de acuerdo en los cuales se establecía, para en ambas, la educación superior de las mujeres. Pero sólo en 1880 los dos claustros londinenses convienen, sin mayores escrúpulos, en admitir a la otra mitad generadora de la especie humana a rendir grados universitarios...

Sin embargo, el paso de Inglaterra en 1869 repercutió en Chile con tal intensidad (entiéndase: en la plana mayor de la Educación Pública), que el 6 de noviembre de 1877 —es decir, tres años antes de la revolución universitaria, ocurrida a orillas del Támesis—, el Presidente Aníbal Pinto, con la firma de su gran Ministro don Miguel Luis Amunátegui, expide el siguiente histórico decreto:

"Considerando: 1) que conviene estimular a las mujeres que hagan estudios serios y sólidos; 2) que ellas puedan ejercer con ventajas, algunas de las profesiones denominadas científicas, y 3) que importa facilitar los medios en que puedan ganar la subsistencia por sí mismas, decreto: se declara que las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales, con tal que se sometan para ello a las mismas pruebas a que están sujetos los hombres".

Esta resolución, no deja de ser timbre de orgullo para el Gobierno de Chile, pues en aquellos años —cuando el Mundo es todavía grande y exótico y no posee cable submarino, ni radio, ni aviones a retroimpulso—, las aguas oceánicas constituyen barrera casi infranqueable



Misiá Anita Gómez de Asenjo

para las ideas minoritarias, sobre todo en la América nuestra, alimentada, desde Colón, de añejas imitaciones... "Pasado el Cabo Finistierre —sentencia Eugenio D'Ors— todo es plagio.")

Desgraciadamente, un hecho trascendental ocurrido dos años antes del decreto Amunátegui —la guerra en contra de la Alianza Perú-Boliviana—, interrumpe la maduración de los esperados frutos en aquel nuevo árbol de nuestra enseñanza universitaria. La primera médico chilena —señorita Eloísa Díaz Insunza—, recibe título de Bachiller en Medicina y Farmacia, el 12 de enero de 1885; casi dos años después, el 27 de diciembre de 1886, obtiene la Licenciatura en ambos ramos; y cuatro días más tarde, el 3 de enero de 1887, recibe diploma de Médico-Cirujano. ¡La primera en Chile y en toda la América de habla española!

Cuando jovenzuelo tuve la satisfacción de conocer con cierta intimidad esta señora, pues yo era secretario de ese hombre eminentísimo y aislado (a quien amo y sigo venerando como si fuera ayer), que fue don Darío Enrique Salas Díaz, Director General de Instrucción Primaria, y doña Eloísa era uno de los médicos de los "primarios". Recuerdo con cierta fototipismo a esta pionera del feminismo profesional en Chile: era más bien alta y quizás demasiado gruesa; su cara lucía redonda, blanca; los ojos no muy grandes, pero de extraordinaria vivacidad; su cabellera —en aquel entonces— nada canosa, aunque sin faltarle hilos de plata que ibanle en gracia, y quizá sí, en aumento, de su natural prestancia. En las obligaciones profesionales la señorita Díaz hablaba con seguridad, sin dejar de acodarse para escuchar con prudente reserva cuando se daban opiniones opuestas a las suyas. Su trato, muy cordial en términos generales, tornábase particularmente humano al ponerse en contacto médico con el profesorado.

En este empuje universitario, al cual ahora me refiero, los biznietos de Justiniano, anduvieron algo más despacio. La primera mujer que obtuvo título de abogado fue la señorita Matilde Throup Sepúlveda, licenciada en Leyes el 6 de junio de 1892. Al recibir su cartón no había cumplido 17 años... Un record.

No conocí personalmente a la señõrita Throup, a pesar que pudo ser, pues ella murió en 1922, y yo era periodista desde tres o cuatro años antes. En cambio conocí mucho, y con muy carifiosa familiaridad, a Matilde Brandau —hermana de mi fraterno Valentín Brandau.

Matilde es la segunda mujer con título de abogado recibido en Chile. Obtiene su diploma en 1898; pero no se dedica al bufete; elige para sus días otra profesión, benemérita entre todas: la ense-

ñanza. El mismo año en que la señorita Brandau abandona la Universidad, da una conferencia en el Ateneo de Santiago, sobre los Derechos Civiles de la Mujer. Inmediatamente es refutada, más que con razones, con ironía, por un sabihondo de la época. Entonces Matilde sube de nuevo a la misma tribuna, y ante un público desbordante de hombres y mujeres, junto con pulverizar los puntos de vista de su contradictor, inaugura en nuestra República de las letras, la paridad del encéfalo femenino con el del sexo contrario... (o ni tan "contrario", que digamos). Es curioso, sin embargo: el más firme opositor de la señorita Brandau (naturalmente, "opositor" en discusiones privadas), fue en aquel entonces, su hermano Valentín, queridísimo e "íntimo amigo" de los puntos de vista por ella sustentados. Estas ideas particulares, las hace públicas Valentín, años más tarde, en un ensayo que lleva el título de *Caracteres mentales de la Mujer, según la Sociología contemporánea*.

Matilde Brandau hállase entre las primeras personalidades chilenas que reconocieron *urbi et orbi*, los méritos literarios de Gabriela Mistral. En 1922 ó 23 —si mis recuerdos no me traicionan—, siendo Directora del Liceo de Niñas de Iquique, dio tres conferencias, en aquella ciudad, sobre la elquina "amada de los dioses", ya corría en tierra derecha para tomar altura y emprender su vuelo soberbio. Quizá (o sin "quizá") el primer trabajo penetrante, serio, *sensu stricto*, lucubrado en torno a la obra juvenil de la entonces Lucila Godoy Alcayaga. Desde ese momento el feminismo intelectual en nuestra patria toma —como dicen los físicos—, "movimiento uniformemente acelerado".

Sin embargo la alta burguesía y las familias del acervo colonial permanecen "intactas" en sus viejas ideas... La nueva ola un tanto revolucionaria, no golpea aún en sus acantilados... Tendrá que venir la guerra Mundial Nº 1, para que el agua entre en las casas solariegas personificada en figuras como las de Mariana Cox de Stuken (Shade), Inés Echeverría de Larraín (Iris) o Martina Barros de Orrego. Estas y otras damas comienzan hacia el año 1915 a reunirse con finalidades de cultura literaria comenzando por la lectura de obras de resonancia europea, en particular de escritores franceses. Fue éste, en realidad, el proyecto inmáturo de un llamado Círculo de Lecturas nacido bajo la tuición de un grupo de aristocráticas señoras. No tuvo éxito. Pronto las reuniones comenzaron a debilitarse; aunque algunas damas —v. gr., doña Martina Barros—, abrieron los salones de sus residencias a grupos de intelectuales que acudían allí a cambiar juicios una o dos veces por semana.

Un año después, actuando como se debe, aparece el personaje que salvaría la situación: la señora Delia Matte de Izquierdo.



2. Gran dama, fina sensibilidad, flexible como acero toledano, extraordinarias condiciones de mando. "Misia Delia" —así la llamaba todo el mundo con cariñosa simpatía—, fue la fundadora y el alma del *Club de Señoras*, que en forma distinta pero inmediata sucedió al fenecido Club de Lecturas. Ella sí que se muestra como verdadero talento organizador. Un día tendrá que hacerse justicia a esta mujer admirable, honra de Chile.

Por largos años y hasta la hora de su muerte, la señora Matte de Izquierdo estuvo al frente de la nombrada institución. Al principio, en la época de los primeros tanteos del club, algunos representantes de la estulticia santiaguina hacían escarnio de ella.

"Desconociendo su carácter y sus propósitos —anota en sus *Recuerdos de mi vida*, doña Martina Barros—, se estimó que este centro iba a ser un foco de resistencias a los deberes del hogar; que la mujer adquiriría así una independencia peligrosa, y atacaron con el ridículo, con la mordacidad más encarnizada, con las intrigas y con todas las armas, hasta las más vedadas, esta institución, que hoy vemos brillar con luz propia, centro de enseñanzas, de cultura, de refinamiento social y de distracciones nobles y provechosas."

Como el Club de Señoras fue, en la realidad de los hechos, un acercamiento de la aristocracia u oligarquía santiaguina, a la mesocracia intelectual, los sectores más intransigentes e impermeables de esa misma aristocracia, "quisieron destruirlo a mordiscos", como acostumbraba decir el gracioso e inolvidable Alejandro Murillo Vildósola (para nosotros "el pelado Murillo"). La señora Barros, miembro de la más rancia *élite* colonial, y por su casamiento con el Dr. don Augusto Orrego Luco, doblemente vinculada con esos círculos de "gente bien" —como acostumbraba denominárseles entonces—, testifica este hecho con otras palabras. Hubo, pues, deseo vehemente de terminar con el club de la señora Matte de Izquierdo...

¡Vano empeño...!, el Club de Señoras se impuso con todo éxito. Por cerca de dos décadas o más, no hubo persona ilustre de visita en el país, o chileno de méritos sobresalientes en la vida nacional, que no fuera invitada a disertar en aquella tribuna de excepción, por su magnífica presidente.

También el Club de Señoras mantenía clases de extensión cultu-

ral y universitaria para las socias. Recuerdo en este momento a tres profesores: Emilio Vaïse (Omer Emeth), Ricardo Dávila Silva (Leo Par) y Hernán Díaz Arrieta (Alone).

Hernán reemplazó a don Ricardo Dávila; y cuando Díaz Arrieta dejó esas clases (de Historia de la Literatura), lo reemplacé.

Reconociame Hernán la ventaja sobre otros "bípedos implumes" —¡oh, platónico circunloquio para cortarle la cola al pavo real, que la mayoría llevamos dentro apenas oculto tras "el otro yo"!—, de que mis defectos conocíanse a primera vista. La frase, de ser justa, me sitúa en calidad de reverso suyo; pues con él pasa, precisamente, al revés: lo primero advertible en su personalidad son sus cualidades. . . Y con eso —¡vaya suerte!— le lleva a muchos un tremendo *handicap* a favor, el cual, con gusto, me adelanto a testimoniar. Lo que es elegancia estilística en *Alone*, era erudición masiva en *Leo Par*; lo que es duda, ironía, con frecuencia sarcasmo, en las proposiciones de aquél, era certidumbre, dogma o encíclica papal en las oraciones de éste. Entre ambos a dos, abríase un abismo difícil de medir. . . Para explicarlo, usaré una anécdota. "¿Cuál es, según su opinión, la diferencia entre el tiempo y la eternidad? —preguntó una joven al profesor Einstein. Y el matemático respondió: "—Hijita, si yo me tomara el tiempo para explicarte esa diferencia, duraría una eternidad hasta que tú comprendieras".

Agréguese a esto, la desproporción sideral en que yo me encuentro en relación con el célebre profesor. . .

A don Emilio Vaïse (Omer Emeth) en cambio, le recuerdo en una perfecta ecuación de agilidad mental y sabiduría, de conocimiento y gracia. El juicio con que le retengo en mi corazón es inmóvil y breve; cabe en una palabra: *Maestro*.

En mi reemplazo de Hernán, conocí, al disertar sobre la Historia Literaria de Grecia y Roma, a una mujer excepcional: la señora Ana Gómez de Asenjo.

"Anita" —el nombre en diminutivo con que sus amigos la trataron siempre— era casada con un ex marino de la Armada Nacional, don Antonio Asenjo Potts, caballero que pertenecía a las avanzadas del radicalismo de aquel entonces, pero absolutamente cordial cuando no le pinchazan en puntos de su credo doctrinario.

Anita era el reverso de esa medalla: serena, ecuánime, profundamente observadora, sólo muy de tarde en tarde se alteraba, y siempre por motivos en los que, por rara casualidad, no tenía la razón.



3. Asenjo recibía en su casa los días domingos, a partir de la hora de "once". Desde mi conocimiento de Anita tuve el honor de contarme entre los invitados a esas reuniones en su residencia de Santa Victoria 212. A contar de ese año 1921 —hasta hace tres semanas, en su casa de Monjitas 550, en febrero de 1963—, nunca dejé de asistir a ellas, si descuento mis estadas fuera de Chile.

En 1921, los ágapes en casa de don Antonio tenían más bien carácter político. Por lo menos la gente de aquellas reuniones era de "un solo color", generalmente amigos íntimos o miembros de la propia familia Asenjo Gómez. Sin embargo —en el momento de comenzar mis recuerdos de esas veladas—, había dos contertulios de verdadero valor intelectual: Roberto Orihuela y Angel Custodio Espejo; este último casado con Sarita Gómez, hermana de la dueña de casa.

Orihuela era teósofo y hombre muy versado en historia patria. Cultivaba el "hobby" de coleccionar planos de Santiago y de las viejas ciudades del antiguo Reyno de Chile. En este sentido su mapoteca del periodo colonial creo no ha tenido paralelo en otra alguna de particulares, entre las muchas que durante los años en la Dirección General de Bibliotecas, me dio en suerte conocer en el país. Fuera de este "hobby", Orihuela petulaba ser un formidable ajedrecista... Todo aquel que no entendiese, con más o menos corrección, este arte de reyes, se convertía, para el criterio de Roberto, en un "peruétano"... Como yo era, precisamente, uno de éstos, mirábame, al principio, de arriba a bajo, con desdén, ni siquiera oculto por esa mentira convencional del hipócrita disimulo... Esto tenía me muy compungido. Por otra parte, en casa de Asenjo todos sabían jugar ajedrez...

Pero Dios protege a la inocencia... "Pochito" —el actual doctor Alfonso Asenjo Gómez, famoso y universalmente conocido neurocirujano—, guardábame gran afecto; Alfonso poseía amplios conocimientos del tablero, además, de las tácticas y estrategias imprescindibles... Sicológicamente advertido en mi amor propio de ese afecto, seguí la voz de mi "pálpito", para atraer a Pocho, en mi ayuda.

—Mira —díjale un día—, Orihuela me tiene en ascuas con sus desdenes y burlas. ¿Por qué no te pones de mi lado, haciéndome el servicio de enseñarme lo que tú sepas de ajedrez?

Pocho aceptó; y desde entonces, en las tardes —en esos años vivía yo en casa de mi primo hermano Marcial Cortés Monroy, en la calle Jofré, al lado de don Carlos Lagarrigue—, Alfonso, de 6 a 8, comenzó a enseñarme a mover las piezas y a emprender ataques. Todo esto con gran pedagogía... Y en el más estricto secreto. Al mes, más o menos, Alfonso me dijo:

—Creo que ya usted se encuentra preparado. . .

Al domingo siguiente, en casa de Anita, dirigí la conversación al tema de un sensacional campeonato de ajedrez. . . , llevado a efecto no recuerdo en qué parte del mundo. Y di juicios terminantes, categóricos. Yo mismo estaba admirado del énfasis de mi crítica. . .

Mas, en la plenitud de mi gloriosa disertación, Orihuela se alza para interrumpirme, con gesto jupiteriano:

—No tiene derecho a expresarse de esa manera, porque usted, en ajedrez, no conoce ni el tablero. ¡Deje su arrogancia para hablar de otras cosas. . . !

Pero ahora soy yo quien lo mira de alto a bajo:

—¿Se atrevería a enfrentarse conmigo? —le pregunto.

Roberto obsérvame con incredulidad estupefacta; algunos segundos, nada más. Después estalla en una carcajada sin fin.

—¡Bueno, hombre. . . bue. . . no. . . ! —decíame entre hipoes de risa.

Tras de su acceso de burla, nos pusimos a jugar. En ese momento reconcentré en mi memoria las lecciones recibidas de Alfonso, y sin distraer mi atención ni en fracciones de tiempo, comencé a mover las piezas. . . A la quinta jugada me levanté de la silla.

—Basta —le expresé a mi contendiente—, acabo de darle a usted mate pastor.

Roberto, sacándose los anteojos, comienza a limpiarlos con fingida calma. Hállase intensamente pálido. En torno a la mesa, presenciando el juego, hay a lo menos quince personas. Aquel "mate" dado al Maestro, era en realidad un golpe de picota en el plinto del ídolo. . .

—Juguemos la revancha —murmuró después de un rato.

Lo contemplo impasible. Categóricamente respondo:

—No.

La palidez de Orihuela se hace aún mayor, mientras con voz ligeramente trémula, pregunta:

—¿Por qué?

—Porque yo, estimado Orihuela —le respondo— quise sólo demostrarle que los "peruétanos" suelen, también, a veces, ganarle a los maestros. . . Cumplida esta misión no tengo por qué seguir haciendo experimentos. Ya no me interesan.

Nunca, ni en broma, acepté enfrentarme con él en otra mano. Por otra parte daba por seguro que, de hacerlo, el perdidoso, esta vez, sería yo. Mas, increíble, pero cierto, desde entonces fuimos grandes amigos con Orihuela.



4. El valor intelectual de Angel Custodio presentábase más concreto que el de este amigo recién recordado. Roberto Orihuela era un "dilettante"; Angel Custodio era un profesional de las Letras... periodista, literato, político, diplomático; incluso corresponsal en campaña... En la guerra civil de 1891, en la batalla de Placilla, casi pierde un brazo; para no sufrir la amputación prefirió quedar con la bala incrustada en el hueso. "Me pareczo a Cervantes..." —acostumbraba decir, posiblemente en serio; aunque todo el mundo, por cierto, lo echaba a la broma... Recién casado con Sarita, Angel Custodio obtuvo nombramiento de Cónsul en Japón. Desde Niponia, y por largo tiempo envió crónicas e informaciones sobre la vida en "las Ocho Grandes Islas" a diarios y revistas de Chile, algunas con el seudónimo —ya hecho célebre— de *Maltrana*. . . Como periodista, Espejo fue temible; consecuencia de tales temores, un día —nunca se supo quién— un enmascarado le arrojó a la cara un frasco de vitriolo. Quedó poco menos que ciego para el resto de sus días. . . En 1932, a los sesenta y tres años y ya viudo, bajó al sepulcro. Como la mayoría de los escritores de aquel entonces y de hoy, murió en olor a pobreza; manera de morir en santidad, pero sin aureola. . .

Desde mucho antes del deceso de Angel Custodio Espejo y de Roberto Orihuela —este último, luego de casarse, se eclipsó de nuestras reuniones. Anita, por su cuenta y riesgo, se da a cambiar el giro de sus veladas dominicales. Tal paso lo facilitó grandemente su hijo Alfonso. . . "Pocho" había ingresado ya a la Escuela de Medicina; desde entonces sus padres le autorizaron para llevar a las tertulias de Santa Victoria, no sólo a compañeros de estudio sino, también, a profesores y jefes de clínica. . . Desde entonces la población de esas veladas comenzó a matizarse de galenos y estudiantes de la Facultad de Medicina, envueltos todos ellos en una atmósfera cálida de logia universitaria. En este mismo instante, veo desfilar, como si fuera ayer, en mezcla de rostros y actitudes de otoño y primavera, a muchos médicos convertidos en la actualidad en sólidos prestigios de la cultura científica nacional. Son ellos, precisamente los que han reemplazado a quienes por esas fechas eran no sólo sus maestros, sino también —¡hermoso es recordarlo!— comprensivos amigos de aquellos polluelos de águila. Como en la cinta de un "ecran", pasan por mi memoria Félix de Amesti Zurita, Juan Gandulfo, Ernesto Molina, Armando Larraguibel, Salvador Allende, Sótero del Río, Juan Garafulic, Alfredo Cruzat, Moisés Díaz, y cuántos más, pero pienso que no debo englobar aquí, entre los fuera de lista, al viejo Doctor del Sol, ya por aquellos años octogenario, pero que daba un fondo

de tradición hipocrática a ese ambiente ya muy revolucionado con nuevas técnicas y un nuevo arte de curar.

Mas, ni con la distinción de aquella concurrencia, podría decirse que Anita hallábase satisfecha. El deseo suyo era que tales reuniones representaran el mayor número de ideas y doctrinas opuestas —“bruma y tono menor ¡toda la flauta! y Aurora, hija del Sol ¡toda la lira!”— y no fueran de “un solo color”, tanto en el orden científico como en el político y literario.

Y así vino a ocurrir gracias a su empeño.



5. Las primeras veladas de este último carácter —más de acuerdo con las inquietudes intelectuales de la anfitriona— inauguráronse, como quien dice, con la “presidencia”, por derecho propio, del jurisperito Alejandro Alvarez. Durante los jóvenes años del corto solterío de Anita, don Alejandro había sido su pretendiente. Luego el gran internacionalista (con muñones de Icaro en aquel entonces) habíase ido a Europa un poco en calidad de “trasplantado”. Su dirección oficial indicábalo viviendo en La Haya; pero, en realidad, la mayor parte de su tiempo pasaba en París.

Vuelto a Chile después de larga ausencia (esta vez con carácter de Asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores) don Alejandro, ahora cargado de gloria y achaques, se incorpora de inmediato a las reuniones de Asenjo, a quien, apenas él arribara al país, visita con esa galantería dieciochesca de los viejos caballeros de “avant guerre”. El antiguo novio habíase convertido, en el intertanto de una o más décadas de ausentismo, en respetable erudito, cubierto de condecoraciones, dueño de multitud de anécdotas y una sordera prócer que él disimulaba poniéndose, al conversar, del lado de su oído en mejor funcionamiento. Cuando don Alejandro abusaba de la palabra era entretenidísimo; no así cuando tocábale escuchar. Como no oía nada, su gesto hacíase impasible o inelegantemente aburrido. Todo esto matizado con grandes y atemorizadores bostezos, que en La Haya —donde él era Juez de la Corte Internacional de Justicia— han debido causar pánico en los cauces secretos por donde corren los informes de las Cancillerías. . .

A pesar de lo recién referido, don Alejandro agotó su arsenal de anécdotas, y, después de unas cuantas veladas, distraídamente repetía los discos. . . Esto no dura mucho. Europeizado hasta la médula, Alvarez aburríase más en Santiago que con nosotros; y un buen día,

se metió en un avión o en un barco con rumbo a Francia, y no volvió nunca más a sus lares.

En su vida como en su muerte, don Alejandro fue hombre sabio, sagaz, y como sabio y sagaz, moderadamente tedioso. A semejanza de la mayoría de los solterones era egoísta y algo calculador... En lugar de dejar su fortuna a unos sobrinos que piaban en torno a él, se hizo construir un mausoleo en París en el Cementerio del barrio correspondiente al hotel donde habitara por décadas. El resto de su fortuna la dejó en herencia a su *valet de chambre*. Durante treinta años, habíale visto el mucamo en no pocas miserias y quizá, también, en no pocas grandezas; aunque el servidor no haya comprendido en toda su intensidad, ni éstas ni aquéllas. Don Alejandro pagó a precio de oro esa prístina ingenuidad. Si hubiera tenido a su servicio un mozo jurista tal vez se habría vuelto loco. El que era uno de los internacionalistas más famosos del mundo; para reponerse de sus aburrimientos de La Haya necesitaba de una especie de "robot" cariñoso. Y lo tuvo. Por otra parte no creo que Alvarez, haya creído seriamente, en la intangibilidad del Derecho... Su biblioteca particular la dejó a la Corte de Justicia del Tribunal holandés donde él fuera uno de los arcopagitas... Si hubiera creído en la santidad de la ciencia jurídica, habría dejado esos libros a la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile; porque al fin y al cabo Chile era su patria... Pero ¿cómo después de haber presenciado dos guerras demenciales y ver a la misma Reina Guillermina de Holanda, irse a refugiarse, como gorda y amenazada paloma de la paz, en los aleros bombardeados del Palacio de Buckingham, podía creer él en el espíritu justiciero del Hombre?



6. En las veladas de Anita, don Alejandro fue reemplazado por don Juan Guillermo Guerra. El señor Guerra era también, como el antes citado catedrático, Profesor de Derecho Internacional. Ignoro qué razones tuvo para hacer dejación de esa Cátedra y dictar la de Filosofía del Derecho. Le conocía bastante, pues le tuve de profesor en Primer año de Leyes. Durante varios años me quiso mucho; inclusive, tengo un libro suyo *La soberanía chilena en las Islas al Sur del Canal Beagle*, con dedicatoria en verso (a Guerra le gustaba cultivar, en privado, relaciones con las Musas). En dichas líneas me pone en los cuernos de la luna, pero más tarde cambió bruscamente esa amistad por una inconfesada antipatía. Debo explicar que tal desafecto obe-

deció a causas literarias. Don Guillermo, en los años del régimen Parlamentario alterado, con rito castrense, en la primera administración del Presidente don Arturo Alessandri Palma, escribió un libro sobre temas constitucionales. Ese volumen fue comentado desfavorablemente en un artículo aparecido en las columnas de "La Nación", de Santiago; esas líneas eran mías. El profesor Guerra jamás me perdonó aquella "deslealtad" —según sus palabras—; aun más, cierto domingo en que le acompañé hasta su casa, como íbamos solos se aprovechó de la falta de testigos para lanzarme una andanada de imperatinencias a las que él —textualmente— dio carácter de "aclaraciones"... Pero esta vez fui yo quien no quiso perdonarle a lo menos hasta cierto momento; el tiempo trabajó a mi favor... Resulta que don Guillermo quería mucho a una viudita deliciosa, amable, joven. Por desgracia, sin embargo, la juventud, en algunos casos, tórname en abismo biológico. Tales primaverales y pérfidos años, gravitaron como amenaza mortal en el talón de ese viejo Aquiles de la Escuela de Leyes. A pesar de eso, Guerra adoraba a la viudita, defendíala y aun espiábala... Pues bien, sobre su talón, sobre ese talón de la recoveca gallardía de mi recordado profesor, apunté mi arco de entonces, veinteañero, risueño. De los efectos del impacto, Guerra se dio cuenta sólo mucho tiempo después; pero ya era tarde...

Mientras tanto, las veladas en casa de Anita aumentaban en calidad literaria. Habíanse incorporado a ellas, para empezar, dos figuras de extraordinario relieve en las Letras; y una de categoría científica europea: los escritores Augusto D'Halmar y Alberto Ghiraldo; y el fisiólogo alemán profesor Georg Friederich Nicolai.

D'Halmar —que pronto iba a ser de los contertulios más asiduos, leales y amenos de las veladas de Anita— fue recibido por nosotros en forma casi criminal... En torno de él existía cierta leyenda negra, y Pocho, Enrique Gómez (el primo más querido de Alfonso), el doctor Garafulic y yo, en busca, siempre, de oportunidades para clavarle banderillas al toro, no tardamos en poner en el coso de la conversación los temas de mayor escabrosidad que el lector de estas líneas pudiera imaginar. Sin embargo, D'Halmar era muy inteligente y soslayó los obstáculos no sólo con elegancia y sarcástico "sprit", sino que con ello ganó, además, la voluntad del total de los contertulios. Desde entonces, por cerca de veinte años, es decir hasta su muerte (con excepción del poco tiempo de su estada en Valparaíso, o de algún viaje en gira de extensión cultural al norte o sur del país), Augusto no dejó nunca de asistir a estas reuniones.

Tiempo más tarde, al asumir yo la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos de la República, pasé, de hecho, a ser su

jefe —él tenía a su cargo la Sección Lectura a Domicilio— cuando quería faltar —hacíalo con repetida frecuencia— decíame calladito:

—Oiga, tocayo: me ha invitado Anita a tomar té. . . ¿qué le contesto?

—Acéptele —era mi respuesta invariable; a ciencia cierta, sin embargo, de no existir tal invitación.

*
* * *

6. Ghiraldo era otra cosa. Bohemio incorregible y superior, alma y estro de poeta, en su corazón conservaba intacto, vivo, el niño que todos perdemos para siempre apenas apunta en nosotros el bozo del hombre. . . Era bueno. . . Miento: ¡era buenísimo! Le quise entrañablemente y creo que siempre le recordaré con fraterna emoción.

Ghiraldo cultivaba el credo anarquista; tal vez por eso la afinidad electiva que uníame a él. . . He dicho *anarquista*, y subrayo la palabra, porque cuando se la emplea aun entre la llamada gente "cult", viénesse a la imaginación un hombre de barbas hirsutas, pantalones anchos y bolsillos llenos de bombas de mano, listas para ser arrojadas sobre pobrecitos reyes, príncipes, jefes de Estado o magnates policiales. . . No; el anarquismo de Ghiraldo, como el de todo verdadero ácrata, calzaba como anillo en el dedo en lo que San Lucas cuenta en el Capítulo 12, versículo 14 de su evangelio, sobre un hombre salido de la turba para conquistar el favor de Cristo. "Maestro —le dijo— dí a mi hermano que parta su herencia conmigo". Al oír esto, Jesús se incomodó y respondióle: "Hombre, ¿quién me puso por juez o partidador entre vosotros?"

*
* * *

7. Hablaré ahora del Dr. Jorge Nicolai.

Este cientista llegó a estas reuniones después de haber renunciado a una Cátedra de Fisiología en la Universidad de Córdoba, Argentina. Su fama en ese momento era mundial. El, junto a Einstein, a quien uníale profunda amistad, fue uno de los firmantes del Manifiesto Pro-Paz de los intelectuales y científicos alemanes, en franca oposición al militarismo prusiano encarnado en la persona del entonces Kaiser Guillermo II. A causa de su actitud, Nicolai, al igual de Alberto Einstein, vióse obligado a huir de Alemania. Después, al advenir el Nazismo, Hitler le puso la losa definitiva, pero con un

“Descansa sin paz” en vez del *requiescat in pace* del oficio de difuntos. . .

Ni aun a la caída del poderío nazi, Nicolai quiso volver, en forma definitiva, a su patria de origen. Sólo la visitó una vez, por breve tiempo, al término del conflicto armado, dos o tres años más tarde. Entre tanto, su libro *Biología de la guerra*, en donde estudia la génesis animal del instinto bélico y su metaplasma dentro de la historia política de la Humanidad, hallábase traducido a los principales idiomas de la tierra, entre ellos el chino, el japonés y el palí. Cuando apareció la edición francesa de esta obra, el limpio espíritu, animado de un soplo vedante, de Romain Rolland, saludó a Nicolai llamándolo: “grande europeo”, tras de ocupar él mismo el pórtico de la obra y presentarla en un prólogo.

Desde la renuncia a su Cátedra en la Escuela de Medicina de Córdoba, Nicolai, ha vivido en Chile. Podría, en estas líneas cantar la palinodia de las veces que hice enrabiar al profesor Nicolai y dar las razones porque muchas veces volví a él lleno de férvida admiración en las veladas que ahora rememoro; pero eso pertenece a los apuntes que sobre él tengo completados con los diálogos, después continuados en su casa de la calle Sazie, y que al través del tiempo se han ido convirtiendo en un volumen. Se trata pues, de otro trabajo, que si el *Fatum* y las facilidades editoriales se ponen de mi parte, publicaré pronto.



8. Un poco después del trío indicado incorporáronse a las veladas que historió, dos escritores distinguidos, y aun en otoño lleno de desafiante juventud: Eugenio Orrego Vicuña y Oscar Edwards Bello.

En esos días Eugenio era comunista. Después de una estada en Niponia, en calidad de Secretario de la Legación de Chile en Tokio, Orrego había visitado la URSS. De vuelta a su patria se nos presentó tan extremista como Lenin y más amenazador aun que el Soviet Supremo. Por herencia paterna y materna, estaba predispuesto para la facundia de escribir; y, por cierto, no dejó de lucubrar en libros sobre sus experiencias orientales, y, desde luego, sobre la patria de Vladimir Ilich Ulianov. Eugenio era el mejor “gene”, como diría un biólogo, viajero a través de dos generaciones en la descendencia de don Benjamín Vicuña Mackenna. Los volúmenes escritos por éste su nieto suman más de cuarenta y dos volúmenes entre folletos y trabajos densos. Si no hubiera muerto relativamente en la plenitud

de la vida, habría superado en número la bibliografía personal de su ilustre abuelo. Anita le adoraba y todos queríamosle de veras. Jamás en mi vida he visto hombre más apasionado, vehemente y de mayor énfasis para elevar a las nubes a los escritores de su afecto y de fulminar, sepultándolos en el hórrido Averno, a sus adversarios o a los prosélitos de *l'autre côté de la barricade*. Lo curioso es que él mismo resultaba muy inestable; un día estaba de este lado y al día siguiente veíasele disparando en sentido contrario. Terminó siendo anticomunista a *outrance*, pero nunca dejó de ser hombre de izquierda, limpio, caballeroso, y, sobre todo, excepcionalmente leal con sus amigos. Era misógino, viajero y al mismo tiempo económico. Siempre le tuve por una mezcla de santo y guillotinator. . . Era muy difícil no quererlo cuando se le conocía a fondo; pero al mismo tiempo era casi imposible no pelear de vez en cuando con él.



9. Oscar Edwards Bello era de carácter distinto al antedicho. En sociedad daba la sensación de un hombre fino, reservado, erudito. Cuando expresaba algún juicio sobre los temas en debate en nuestras charlas, envolvía sus palabras en capa de suma prudencia. Asegura el vulgar decir que “el león no es tan fiero como lo pintan”; me parece, sin embargo, que de Oscar podía decirme lo contrario; esto es “que no era tan manso como parecía”. Personalmente dábame la impresión de esos antiguos bastones franceses de apariencia frágil, que dentro de la caña ocultaban una hoja de acero. Aquí el estoque era la erudición de Oscar, aguzada por una susceptibilidad terrible. Si alguien hacía un chiste —y en casa de Anita los chistes volaban como enjambres— poníase rojo y enmudecía en el acto. Mas, cuando a él le tocaba disertar, era tal su mesura y de tan primera mano su información, que nadie dejaba de escucharle con el más vivo interés. Faltábale el brillo de que abunda su hermano Joaquín, pero escribía con facilidad sin dejar de ser ameno. La noticia de su fallecimiento, producido por un síncope cardíaco, la recibí en París y me causó dolor extremo. El acervo de su producción era de quince o más obras sobre temas diversos, dándose el lujo —con la mayor parte de ellas— de no ponerlas a la venta en librerías. Tales ensayos los enviaba sólo a sus amigos o a personas por quienes tenía afecto o admiración particular. En los buenos tiempos de Pericles habría sido Oscar uno de los habituales del Huerto de Akademos. Pero vivía en Latinoamérica, y tuvo que contentarse, cuando no viajaba por Europa, con ser

un casi ignorado pensionista de alguno de los hoteles céntricos de Santiago del Nuevo Extremo.

Antes de irme a vivir por un tiempo a España, incorporóse en estas reuniones el profesor Arturo Piga. Fue uno de los que continuó hasta el fin; es decir hasta el deceso de Anita.

Al margen de esta frecuencia asistía, por cierto, vasto número de intelectuales de ambos sexos, que sorpresivamente dábanle a los domingos de la señora Ascunjo, categoría excepcional, una de las pocas en la historia de la literatura chilena a partir del segundo cuarto de la centuria en que vivimos. Entre las damas, precisa nombrar a doña Amanda Labarca, siempre ponderada en sus juicios y certera en sus críticas; Marta Brunet, rica en sutilezas del buen decir y en comentarios idem; Marta Vergara, inimitable e insuperable en sus flechazos a su mundo circundante. También recuerdo a Marcos Chamúdez, esposo de Marta Vergara, demoliendo, con fruición de periodista fogueado, a viejos elefantes blancos o a jóvenes coléricos amigos y cofrades del célebre Monsieur *Ce-lui-qui-ne-comprend-pas*.

Todas las personas que hasta aquí he nombrado, fueron por cerca de treinta y cinco años —sin contar naturalmente a los que podó la Muerte— invariables contertulios de Anita. Pero en medio de este desfile de personalidades, que vistieron y vistien a las Letras y a las Ciencias nacionales, hubo también, sin solución de continuidad, un desfile, igualmente ilustre, de casi todas las personalidades extranjeras de figuración americana o europea que visitaron Chile en ese lapso de años. Es muy raro que alguno de ellos no viniera en busca de la amistad de esa anfitriona o no fuera invitado por ella a sus ágapes fraternos. Desde Víctor Bash, el gran crítico de arte y filósofo francés, hasta Velasco Ibarra, por tres veces Presidente de la República del Ecuador, no hubo eminencia de este hemisferio o del otro, que —insisto— mientras estuviere en Chile, no concurriera a las reuniones de la residencia de los Asenjo.

Quedan, naturalmente, muchos otros prestigios para ser contados entre los contertulios de Anita, pero yo sólo he querido referirme a los *primeros*; esto es, a quienes dieron forma a esas veladas inolvidables bajo la égida de la mente privilegiada, ayuna de limitaciones lugareñas de su graciosa inspiradora.

Por desgracia, las cosas más bellas, antes quizá que cualesquiera otras, necesariamente deben trizarse; y ese hermoso capítulo de la cultura chilena, llegó, como todo, a su fin.

Hace dos años Anita fue hospitalizada víctima de un mal silencioso. Su hijo Alfonso —eminente neurocirujano del cual todo Chile se enorgullece— asistió a ese trance. Los colegas de Asenjo, interven-

tores en el acto operatorio y Alfonso, el primero, hicieron en torno a la realidad patológica (que vieron apuntar en la enferma su amenaza terrible) un secreto absoluto.

Anita salió de la clínica optimista como siempre. No digo decenas sino cientos de personas pasaron a demostrarle su alegría por haber salvado esa valla peligrosa... La convaleciente sonreía feliz. Siempre la Vida, a la cual amaba, estuvo de su parte, ¿por qué entonces no iba a ponerse de su lado en esta circunstancia? La Fatalidad tiene dulces fraudes para engañarnos sin esfuerzo... Pero la situación era otra: Anita hallábase mortalmente herida. Y hace ya un mes Asrael fue a sentarse a los pies de su lecho.

Hasta ese momento —Anita rayaba el borde de los ochenta años— mostrábase en asombrosa plenitud. Siempre, sin embargo, fue así... Envejeció sin perder encantos, con señorío y lúcida inteligencia realzados por los muchos aciertos de su vigilante segura intuición.

Conocí a la señora Asenjo cuando ella hallábase a comienzos de su otoño, más allá, quizá, de los 37 ó 38, aunque aparentaba diez menos. Era extraordinariamente guapa: la piel morocha, los labios finos; la nariz ligeramente gruesa; muy pronunciado el arco de las cejas, y la cabellera endrina (cuyas trenzas ella cortara apenas en Europa se impuso la moda de hacerlo) naturalmente rizada.

Era hija adoptiva de Francia. Junto al de su patria, Anita concentraba todo su cariño en las verdes campiñas, en los viñedos y las Musas del país en que el dios Pan, después de Grecia, reina por derecho propio... Cuando el ejército nazi invadió Lutecia, por primera vez vi a esta dama fuera de sí, llorando como un niño... No hubo institución profrancesa en Santiago en que ella no tomara parte. Cuando la Tercera República fue liberada, hubiérase dicho que ella era la general vencedora... Terminada la guerra, el *Quai d'Orsay*, con toda justicia, la condecoró. Sus estadas en París —cada vez que pudo volaba hacia allá— eran, pues, para ella "los días de gloria que arribaban". Las cartas suyas de entonces y en que me cuenta sobre su permanencia en la ciudad de las ciudades, son de una euforia contagiosa.

Anita redactaba con sobriedad y elegancia. Traducía muy bien, asimismo. Hace años, cuando Henry Bataille estuvo de moda y el público parisién de la Comedia Francesa, derramaba las restantes últimas lágrimas del Romanticismo de *après guerre* —la Mundial Nº 1— sugirióme Anita la idea de traducir *La Tendresse* del aplaudido comediógrafo. Acepté la idea, y haciendo furtivos paréntesis a mi intenso trabajo de aquella época, me di a esa tarea en colaboración. Nos demoramos en verter *La Ternura* al castellano alrede-

dor de cinco semanas. Después del punto final, sin embargo, nos olvidamos de la empresa realizada... Hace breves días, poco después de la muerte de su madre, el doctor Asenjo me envió de retorno aquellos originales que Anita mantuvo guardados en uno de los estantes de su biblioteca. Su hijo devolvíame ahora esos papeles acompañados de dos líneas temblorosas: "Augusto querido, no hay palabras. Un abrazo estrecho de, *Alfonso*".

Así era ella de modesta con su propia labor, aunque por su espíritu comprensivo siempre se hallaba intensamente urgida por servir a los demás. Podría haber escrito mucho y con interés inspirador, porque, además de culta, sus amplias lecturas artísticas y literarias fueron acendradas por numerosos viajes al Viejo Mundo; también, por los realizados dentro de nuestro Hemisferio. No obstante, mujer tan llena de fecundas posibilidades sólo dio a la prensa un corto ensayo de sicología pedagógica, publicado en los Anales de la Universidad con el título de "El Hijo Retardado". Haciendo recuerdo de ese estudio, Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), uno de sus amigos favoritos, en su Crónica Literaria de "El Mercurio" del 24 de febrero del año en curso, dibuja un juicio tan preciso y claro sobre su autora, que no quiero evitarme el entristecido placer de traerlo a cuenta en una de sus partes. Dice:

"El año 1938 las Prensas de la Universidad de Chile editaron un opúsculo de veinte páginas, tirada aparte de los Anales universitarios, en que una mujer, una madre, estudia uno de los problemas pedagógicos y psicológicos más delicados que se presentan al educador: el tratamiento de los niños difíciles, rebeldes a disciplina, cuya mentalidad no encaja en el ambiente y cuya presencia intranquiliza y, a menudo, desequilibra los hogares.

"La cuestión abordada allí de frente y con visible acopio de conocimientos y preparación general, no se enreda, sin embargo, en la terminología que suelen preferir los técnicos: se dirige al gran público, al lector responsable y capaz, con cura de almas, en un lenguaje directo, bajo el cual se siente la experiencia práctica y no se qué de humano, persuasivo y sólido.

"La señora Ana Gómez de Asenjo, su autora, no hacía caudal de ésta que podría considerarse su única producción literaria, y es posible que sus numerosos amigos la desconozcan.

"Yo mismo hasta hace poco, la ignoraba y sólo ahora advierto la velada intención de despedida que hubo, seguramente, en ella, cuando, no ha mucho, sin comentario, sin pretexto me la entregó con estas simples palabras:

—"Lea eso".

Ahora esa mujer admirable se ha ido. ¿Así, tan simplemente?... No; háse marchado también, junto con su espíritu un auspicioso zumbador de abejas... Escribió Ausone Chancel:

On entre, on crie
et c'est la vie;
on vaille, on sort
et c'est la mort.

El sentido de estos versos es demasiado esquemático para que pueda delimitar, con el mutismo del corazón, misterio tan profundo. Es necesario, pues, como última enseñanza de la Vida, que aprendamos, también, a quedar solos. Aprendizaje terrible, lo sé; pero debe hacerse... Entonces, aprendida la lección, el silencio de la Muerte no parecerá, quizá, tan torvo, sobre todo si nuestro pensamiento se conforta con el ejemplo de los seres que amamos de verdad y ya se han ido.